

# LA FILOSOFÍA COMO ESFUERZO POR PENSAR LO HUMANO

## Philosophy as an endeavor to think up the human

**CARLOS BELVEDERE**

Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani / Universidad Nacional de General Sarmiento / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina  
cbelvede@ungs.edu.ar

**P**uede resultar un contrasentido referirse a la actividad filosófica como un oficio. Si alguna actividad ha reclamado su autonomía respecto de las prácticas esa ha sido la filosofía, reivindicándose como actividad teórico-especulativa en grado sumo. Nadie mejor que Aristóteles expresó esta idea al sostener que, si la filosofía es la actividad más preciada, lo es porque no sirve a nada ni nadie.

Además, a diferencia de todo oficio, la filosofía no puede reducirse a una serie de procedimientos rutinizados que proporcionen reiteradamente los mismos resultados y, mucho menos, consistir en un quehacer pre-reflexivo. Bien lo sabía Descartes al romper los corsés de la lógica en busca de una nueva verdad, convencido de que en filosofía lo que cuenta no es mantener una verdad adquirida sino hallar una nueva.

Ahora bien, precisamente si algo no se aprende, y por ende no se puede transmitir como un oficio, es a encontrar algo nuevo. No obstante lo cual, así como Fidel Castro le preguntó al Sumo Pontífice “¿qué hace una papa?”, tenemos derecho a interrogar al filósofo respecto de su actividad.<sup>1</sup> Con oficio o sin él, algo hará...

La respuesta más “práctica” que podría darse es que el filósofo lee y ocasionalmente escribe. Y esto no es deleznable. A lo mejor la filosofía no es mucho más que un hábito de lectura que insistentemente vuelve sobre textos vetustos que integran uno de los cánones más extensos y antiguos de la cultura occidental. Podríamos sostener que la filosofía es un largo e interminable diálogo por escrito con interlocutores que en su mayoría ya no se encuentran entre los vivientes. Pero, ¿satisface acaso esta respuesta? ¿Dice lo que se espera cuando se pregunta qué hace un filósofo? ¿O más bien muestra la insuficiencia de todo intento de explicarla recurriendo a la noción de práctica?

Aristóteles –dijimos– caracteriza a la filosofía no como una práctica aunque sí como una actividad –admitiendo que se trata de una actividad contemplativa, pero actividad al fin... Para los parámetros contemporáneos con que las ciencias pretenden interpelar la realidad humana, la contemplación no cuenta como práctica.

Más bien parece todo lo contrario; al menos si una práctica –según lo entienden renombrados sociólogos de nuestro tiempo– se caracteriza por su carácter ciego, recurrente, y cuasi automático.

Por ejemplo, Giddens considera que las prácticas son actividades sociales recursivas ordenadas en el espacio y en el tiempo que se reproducen por sí mismas de un modo no reflexivo, casi mecánicamente, como un proceso ciego y naturalizado. Por el contrario, el filosofar es un esfuerzo deliberado, voluntario y con pretensión de racionalidad, de incumbencia estrictamente personal –aunque, sabemos, la persona conlleva como inherente a sí la dimensión social y que, como bien lo ha dicho Husserl, tiene el deber ser un “funcionario de la humanidad” que no plantea cuestiones privadas sino públicas–.

Además, todo filósofo de fuste aspira a trascender su tiempo, o al menos el espacio circundante, y conectar con problemáticas perennes dejando un legado (o aunque sea una contribución duradera) que pueda decir algo sobre aquellas cuestiones cuya validez sea reconocida más allá del estrecho círculo de sus interlocutores directos y de circunstanciales coetáneos.

Viene a colación aquí el cotejo realizado por Merleau-Ponty entre el principio de las ciencias del hombre y el de la filosofía. Aquellas afirman la determinación exterior del pensamiento y su carácter relativo y condicionado. Esta, en cambio, busca una verdad autónoma respecto de todo proceso psicológico y social, es decir que intenta afirmar un pensamiento que valga por sí mismo. Así, por más que el pensamiento está sumido en la contingencia de los hechos, guarda un sentido que puede explicitarse pues la experiencia de esos hechos ofrece a la descripción del filósofo rasgos invariantes que le permiten encontrar en el hecho vivido algo que ya no tiene los rasgos estrictos del hecho y que es germen de una racionalidad immanente. De modo que una primera aproximación a la actividad filosófica podría consistir en decir que ella tiene por finalidad explicitar un sentido implícito en la experiencia vivida.

Ahora bien, no por ser explícito ese sentido está dado de manera inmediata, irrevocable e indiscutida. De modo que el filósofo ha de encontrar, en la pluralidad

<sup>1</sup> *La Nación*, 29 de marzo de 2012.

y diversidad de la experiencia humana, un sentido que se troquela al trasluz, que apenas se insinúa como una posibilidad esencial. Y hacer existir un sentido posible no es otra cosa que crear un mundo compartido. De modo que la actividad del filósofo –actividad intangible y en apariencia inmóvil– consiste en hacer que un sentido posible que devenga esencial.

Dijimos antes que la filosofía, amén de ser pública y social, es de incumbencia estrictamente personal. Para quien escribe –ya que no puede ampararse en generalidades que, como bien se sabe, son incapaces de ejercer oficio y de realizar actividad alguna– este sentido aspira a ser humanista. Es decir que la tarea del filósofo será –en opinión de este humilde ejemplar– contribuir a que nuestra coexistencia –con todo lo que implica y presume en tanto existencia en común– cobre el sentido –esto es, la dirección– de un mundo humano.

Por cuanto venimos diciendo se habrá notado que lo humano no está dado de antemano y mucho menos garantizado. Tal vez suene grandilocuente o mesiánico, pero la misión de la filosofía es humanizar –constituir lo humano en cuanto tal–. Especialmente en tiempos donde el pensar ha sucumbido al cálculo, la utilidad y el interés mezquino, en los cuales el olvido del hombre –esto es, el olvido de algo que tampoco ha existido siempre ni se cierne sobre nuestro cielo como una fatalidad– gana terreno a diario. ¿Dónde quedó ese “heroísmo de la voluntad” que reclamaba Husserl cuando nos hacía ver que únicamente como humanidad –esto es, colectivamente– podemos elevarnos por sobre el egoísmo animal para asumirnos como sujetos éticos de tareas infinitas? ¿Dónde quedó el ideal emancipatorio de la filosofía, que desde la antigüedad griega, cuando no ha sido incomprendida, asumió como finalidad suya el saber vivir, esto es, el bien vivir?

Recordarnos nuestras posibilidades perdidas, pero siempre posibles, es una de las tareas más encomiables que pueda imponerse la humanidad, y le ha sido asignada preponderantemente al filósofo. Así considerado, entonces, el filosofar no será un oficio pero es ciertamente un hacer. Al decir de Heidegger, es un hacer peculiar que consiste en pensar: en el pensar simple de los poetas y de los pensadores esenciales quienes, como Parménides, dicen siempre lo mismo. No es sin embargo, y a pesar de las apariencias, una actividad que brinde un gran servicio. Debemos desacostumbrarnos –decía Heidegger– a esperar demasiado de la filosofía. Menos filosofía y más atención al pensar, reclamaba en su *Carta sobre el humanismo*. El pensar es una actividad sutil, como la del labriego aunque más insignificante. Requiere el mayor de los esfuerzos y una entrega cabal, pero no proporciona dignidad ni privilegios. Es una labor abnegada y humilde, que apenas hace una pequeña diferencia. En la poética formulación de Heidegger: “El pensar abre con su decir surcos insignificantes en el habla. Ellos son aún más insignificantes que los surcos que, con paso medido, traza el labriego sobre el campo” (2000: 90-91).

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Heidegger, Martín (2000), Carta sobre el humanismo. Alianza: Madrid.